los soldados realistas valian cien ve- tomado por ser enteramente sepaces mas que los insurjentes, los cuales se batieron bastante mal, y concluyeron con la fuga. Mina con doscientos cincuenta hombres solamente sostuvo el choque del ejército enemigo, y abriéndose paso con espada en mano llegó á Jauxilla donde la junta patriótica tenia su residencia. Pronto se vió á la cabeza de mil cuatrocientos combatientes, y creyéndose con suficiente fuerza para intentar un ataque contra Guanajuato, distrayendo por este medio á Liñan del sitio, y confiando ade-más en que su partido, poderoso en Guanajuato, le recibiria como su libertador. Esta confianza causó su pérdida: en vano sus amigos y los miembros de la junta se la predijeron, y cuantos conocian las verdaderas disposiciones de los habitantes se oponian á esta espedicion. El 24 de octubre consiguió en virtud de marchas bien combinadas, reunir toda su jente en la Mina de la Luz. cuatro leguas de la ciudad, en la que no se sospechaba su aproximacion; atacó los puestos avanzados despues de cerrada la noche, pero desgraciadamente faltó el valor á su jente, pues cuando esta se vió comprometida á la entrada de ciudad tan populosa, se resistió á avanzar, dando tiempo á la guurnicion para que tomase las armas. En seguida, y despues de algunos tiros de fusil de una parte y otra, tomaron la fuga tan precipitadamente que solo murieron cinco de ellos. Entónces conoció Mina su engaño acerca del concepto formado, tanto de la disposicion de los espíritus, como de las fuerzas y firmeza de los insurjentes. Viéndose á la sazon casi abandonado de sus soldados, dejó apresuradamente los alrededores de Guanajuato para poner á salvo su persona; y acompañado de una débil escolta, tomó el camino del Rancho de Venadito, para desde allí pasar á la Hacienda de la Tlachijera propiedad de D. Mariano Herrera su amigo. Llegó al Rancho el 26, resuelto á pasar en él la noche, no creyendo posible que el coronel Orrantia supiese el camino que habia

rado de todos los demás practicados; pero por desgracia le habia conocido un fraile que acertó à pasar por el mismo sendero, y sabedor de ello Orrantia habia destacado quinientos caballos en su seguimiento. Estos circunvalaron el Rancho al amanecer, y cayeron sobre la escolta de Mina. Imposible le fué à este escapar ; sorprendiéronle en el momento que salia de su casa sin armas para saber la causa del ruido que se hacia fuera. D. Pedro Moreno comandante de Sombrero fué cojido al mismo tiempo y fusilado en el

La suerte de Mina fué mas cruel, condujéronle con los brazos atados a Irapuato y á presencia de Orrantia. Este miserable se cubrió de ignominia para con un enemigo vencido, haciéndole la injuria de golpearle con la espada de plano diferentes veces. Mina se mostró al golpe del hierro lo que habia sido en los campos de batalla; sin miedo, sin arrepentimiento, con firmeza y dignidad. «Es una desgracia ser prisionero, (le diio) pero caer en manos de un hombre que no comprende ni la dignidad de soldado, ni el honor español, es ser dos veces desgraciado. »

Liñan no mereció igual reconvencion, hizo guardar con suma vijilancia al prisionero, pero á lo menos lo trató como militar y como caballero; no queriendo tampoco disponer de su vida sin la espresa órden del virey. No tardó esta en llegar, mandando se le fusilase sin dilacion: condújosele al suplicio el 11 de noviembre, y murió con toda la firmeza de que tantas pruebas habia dado durante su corta y gloriosa vida; y á los veinte y ocho años de edad.

No debe confundir la historia á este jóven militar, dotado de raras y preciosas cualidades, con los jefes revolucionarios cuya suerte le fué preciso seguir: estos eran crueles y ladrones, aquel jeneroso y humano; estos sin fe; aquel fiel á su palabra: aquellos sin capacidad militar : este militar formado en la grande escuela europea. Los desaciertos de Mina

debieron su orijen á su ignorancia en donde estas habian penetrado. del verdadero estado de la opinion pública de Méjico, y de la fuerza efectiva de los insurientes. El se comprometió inútilmente por una causa, que no podia hacer triunfar con un puñado de valientes. Contaba con el auxilio de los Estados Unidos, pero estos no le enviaron ni un hombre ni un peso duro. Ya hemos indicado á qué causas debe atribuirse la poca simpatía que halló entre los pueblos criollos: suponiéndolo opuesto á la independencia absoluta del pais, habian acertado su juicio. Mina nos ha dejado un testimonio positivo de lo que no queria: vémoslo en una carta escrita por el mismo el 3 de noviembre al jeneral Liñan (1) « No he dejado jamás, dice, de ser buen Español, y si tal no he parecido alguna vez, no han estado mis actos de acuerdo con mis intenciones. Estoy profundamente convencido, que el partido de la independencia no triunfará en Méjico y que acarreará la ruina del país. » No olvidemos que cuando así hablaba Mina, no estaba al principio de su carrera, y los momentos de ilusion se habian disipado para él, á consecuencia de cuanto le habia acontecido entre los revolucionarios en el espacio de algunos meses. En todos tiempos y en todos los paises llega el mismo desengaño á los hombres justos y jenerosos.

Era tal el terror que este intrépido jóven causaba al virey, que su caida fué celebrada, como uno de aquellos acontecimientos estraordinarios, que aseguran la duracion de los imperios. Cantóse un solemne Te Deum en todas las iglesias de Méjico. Mandáronse iluminaciones, salvas de artillería, y regocijos públicos. Publicóse en la gaceta del gobierno un minucioso sumario de la ejecucion del prisionero, insertán. dose en él hasta el certificado del facultativo, haciendo constar el número de balas y parajes del cuerpo

Estas eran las vergonzosas muestras de contento de un miedo ya desvanecido. El gobierno de España, partícipe del mismo temor, recompensó espléndidamente á sus ajentes de Méjico. Diósele á Apodaca el título de conde del Venadito, y Liñan y Orrantia recibieron igualmente su parte respectiva de agasajos y ho-

La derrota y muerte de Mina, volvieron á los realistas la confianza que empezaba á amortiguarse. Redoblaron sus esfuerzos para apoderarse de los Remedios, que les hubiera costado mucho tiempo, á no haber faltado en aquel fuerte las municiones. La guarnicion, se vió, pues precisada á abandonarlo en la noche de 1.º de enero de 1818, despues de un sitio de cuatro meses; y esta retirada fué para los sitiados mucho mas fatal que la de Sombrero. Mirándola los Españoles como inevitable, habian dispuesto grandes montones de leña resinosa, que encendieron á la primera señal de los centinelas mas avanzados. Sus brillantes llamas alumbraron la fuga de los sitiados, permitiendo á sus enemigos la persecucion hasta en la profundidad de los barrancos. Solo Torres con doce de los suyos pudo escapar de la matanza: la pluma se resiste á describir la escena de horror que siguió á la entrada de los vencedores en la fortaleza. Las mujeres fueron tratadas con una brutalidad sin ejemplo, con una barbarie de caníbales. Los soldados, mas crueles que los salvajes del desierto, incendiaron el hospital por sus cua-tro costados, y los heridos que en el habia y pudieron huir de las llamas, fueron á morir despedazados por las bayonetas.

El pequeño fuerte de Jauxillà en donde la junta patriótica tenia sus sesiones, fué entregado por el comandante criollo Lopez de Lara, al coronel D. Matías Aguirre, encargado por Liñan de su sitio: los miembros de la junta que habian podido huir antes que la plaza fues-envestida, se trasladaron á la Tierra Caliente de Valladolid, único punto

⁽¹⁾ La autenticidad de esta carta ha sido negada por Robinson y asegurada por D. Cárlos Bustamante, quien asegura haber poseido el orijinal, escrito de mano propia de Mina,

resistencia. La tiranía de Torres que hombres! Engañados en el fondo de parecia aumentar con su mala suer-te, habia llegado á tal estremo de popular las adulaciones de los corle, habia llegado á tal estremo de intolerancia, aun con sus mismos partidarios, que las quejas de estos, determinaron á la junta á separarle, dando el mando al coronel Arago. No acostumbrado Torres á obedecer se preparaba á la resistencia, cuando el corto número de insurjentes que todavía le seguian, temiendo al ejército real que avanzaba, lo abandonaron para unirse á Arago. Errante Torres por las montañas, armó una disputa con D. Juan Zamora uno de sus capitanes, y fué muerto de una lanzada por este oficial de cuvo caballo favorito queria aquel

apoderarse. En el mes de julio de 1819, la revolucion habia descendido al último escalon. Ninguno de los que habian dirijido sus primeros movimientos existia ya, ni poseian los insurjentes plaza ni villa alguna; pululaban algunas guerrillas mas ó menos numerosas en las montañas de Guanajuato, hácia la márjen derecha del rio Zacatula cerca de Cohina y sobre las orillas del Océano Pacífico, aguardando con Guerrero y sus secuaces poder tomar la ofensiva. Quedaba disuelta tambien en otros varios puntos bajo la aparente máscara de la sumision guardando silencio y conservando en buen estado sus armas, para servirse de ellas en caso necesario. La superficie de Méjico parecia mas tranquila, pero esta aparente calma, escondia las pasiones revolucionarias de 1808, y la misma defeccion para la metrópoli y los Españoles. Apodaca se equivocó escribiendo á Madrid que la revolucion tocaba á su término, que su vez no sonaba sino como un eco de agonia, que de todas partes se sometia á la autoridad real, y últimamente que respondia de la conservacion de Méjico sin mas auxilio

de tropas que las suyas. Todos hemos visto esta confianza de los ajentes del poder, á la aproximacion de las crisis mas graves: parece que la admósfera que las rodea va oscureciéndose á medida que los rejimientos de línea, ó en las

que conservaba alguna sombra de se forma la tempestad. ¡ Infelices tesanos, meciéndose á su vez en ilusorias relaciones desnudas de verdad, y con las cuales adormecen á sus amos, dejándose ellos mismos dominar de semejantes pesadillas. Apodaca no conocia, que si la fuerza comprimia la accion de la revuelta material, quedaba sin valor contra la insurreccion moral, y que esta, lo mismo que un volcan dormido, se nutria en silencio con nuevos elementos de vida para el dia de la irrupcion. La calma de Méjico, no era sino el resultado de su fatigoso cansancio, y entre España y su colonia no habia paz sino tregua. La metrópoli habia hallado su principal apoyo durante la primera lucha, en las tropas criollas que abrazaron su causa con un celo difícil de esplicar, pues la profesion militar bajo el réimen anterior tenia para los insurjentes, numerosas trabas. Ningun americano podia pretender un mando importante. Sin embargo en la guerra que nos ocupa, la necesidad de tener propicio el ejército, hizo se le concediesen algunos privilejios notables, y aquellas tropas hasta 1820 permanecieron fieles á la bandera de España. Esta fidelidad puede atribuirse á diferentes causas. Mientras una guerra viva y sangrienta, ocupaba de continuo á los oficiales, no les quedaba tiempo para discutir materias políticas, ni debatir la constitucion del pais. Espuestos á los golpes de los insurjentes, no veian en ellos mas que enemigos bárbaros, verdaderos bandidos, obrando contra el derecho de jentes. Los soldados criollos comprometidos bajo dos banderas opuestas, no escuchaban otros deberes que los de la obediencia pasiva, y peleaban con tal encarnizamiento, que no les permitia reflexionar, acerca de su orijen é identidad de intereses; perocalmado el calor de los combates, las cosas mudaron de aspecto. Todos los insurjentes que habian admitido el indulto fueron incorporados en

ritu de este ejército, no tardó en resentirse de semejante amalgama. Los recien incorporados, introdujeron sus anteriores opiniones entre sus nuevos camaradas. Esforzáronse en canonizarlas de justas, y hacerlos participes de ellas, y no era la discusion la sola arma que empleaban para convertirlos. Otro jénero de seducciones se ajitaban. Las mujeres que durante toda la revolucion fueron, celosas encomiadoras de la independencia; se dirijian entónces, para conquistarla partidarios, á todas las pasiones jenerosas: al amor de la gloria, de la patria, de la libertad; y cuando las imajinaciones por sus patrióticas peroratas, echaban en cara á los militares, ya seducidos, el haber retardado tanto tiempo la hora ansiada de libertad, y les suplicaban reparasen una fal-ta, que un mentido pundonor les

habia hecho cometer. En esta disposicion se hallaban los espíritus en Méjico, el año

miento de la constitucion en España, y la revolucion practicada por el mismo ejército destinado á consolidar el réjimen absoluto en ambas Américas. Inútil es decir que este acontecimiento infundió nueva enerjía en el partido independiente. Si no habia libertad de imprenta, la habia de comunicaciones sin restric-

1820, cuando se supo el restableci-

eion. En todos los puntos de Méjico se entablaron reuniones clandestinas para discutir la forma de gobierno que debia adoptarse. Los Españoles y sus adherentes se inclinaban á la constitucion española: los unos sin modificaciones, los otros menos democrática, y mas adaptable al estado social de Méjico. Los Americanos querian la independencia, pero no estaban acor-

des, ni en el modo de obtenerla, ni en la forma de gobierno que debiera establecerse: la mayor parte de los criollos deseaban la espulsion de los Españoles; algunos exaltados lle-

gaban al estremo de pedir sus cabezas y la confiscacion de todas sus propiedades. Los moderados se con-

milicias del ejército real, y el espí- tentaban con escluirlos de todos los empleos públicos, y de hacerlos descender á la misma condicion en que ellos habian mantenido á los Indíjenas por espacio de tres siglos. Un partido queria la monarquía constitucional, otro la república federativa y un tercero la república una é indivisible. En esta confusion de opiniones, de pasiones, de juicios, de pretensiones individuales, de intereses de castas, y de irritacion popular, se ajitaba el clero activamente en favor de la independencia del pais. Su accion sobre las masas era sin límites, su odio contra España sin término. Los decretos de las Córtes relativos á los bienes eclesiástiardientes se hallaban inflamadas cos, no eran á propósito para modificareste aborrecimiento implacable.

Apodaca creyó que su particular obligacion era ser realista, sometiéndose al mismo tiempo al réjimen constitucional, no dejaba escapar ocasion de favorecer el partido contrario. Acercóse á algunas grandes dignidades de la Iglesia, relacionadas con la nobleza, con el proyecto de asegurar á Fernando un asilo en Méjico, y restablecer en él la antigua forma de gobierno. Semejante plan solo podia ejecutarse por el ejército. Necesitábase un jefe influyente en él, que lo dirijiese por esta via retrógada, en la que tendria que combatirse á todo el partido patriota mejicano, es decir, la masa liberal de aquella nacion, apoyada por todas las partidas insurjentes que todavía tenian las armas en la mano. D. Agustin Iturbide designado como el militar mas capaz de llevar á cabo la empresa, dió bien pronto á conocer que era el último de los oficiales, que hubiera debido elejirse, y quizás el que menos que todos, mereciera la confianza del virey. Poco tardó en demostrarlo.

Todo conduce á creer que estaba secretamente coaligado con el partido eclesiástico que queria la inde-pendencia absoluta, y que de mucho tiempo le ocupaba el pensamiento el apoderarse del mando supremo.

Pronto le veremos parodiar en América el papel de Napoleon y la jornada de Saint-Cloud.

seia una fortuna independiente, y se ocupaba activamente del manejo de cion, le ofreció Hidalgo el empleo á tentar á nn jóven sin esperiencia, pero Iturbide veia el objeto de los planes del cura , la verdadera debilidad de los insurjentes, y el período de anarquía que debian atravesar, y prefirió combatirles á unirse á su virey Venegas en 1810, y se distinguió en la accion de las Cruces. Desde este momento su elevacion fué rápida: elejido para todas las empresas peligrosas le fué casi siempre favorable la fortuna. Contribuyó poderosamente al triunfo de las armas españolas en las batallas de Valladolid y Puruaran. Solamente fué desgraciado en el ataque del fuerte de Coporo en 1815, cuyo revés habia predicho, y que no le fué dado evitar. Concediéronle un mando independiente en el Bajió, honor que pocos crióllos habian merecido antes que él. Si la historia imparcial debe reconocer los talentos militares de Iturbide, tampoco debe disimular que empañó su brillo con la fogosidad de sus pasiones, y por una crueldad que no puede sincerarle, ni aun en el modo de verificar las represalias. Todavía existe una de sus comunicaciones al virey despues de la batalla de Salvatierra fecha en viérnes Santo del año 1814, en la cual anuncia que en celebridad de aquel, acababa de mandar al suplicio trescien-

(1) Los insurjentes por su parte han afirmado varias veces, que no habían ofrecido á Itur-bide el gradó de Teniente jeneral, pero si que él se los habia pedido, lo que no habian querido concederle, pensando que era comprar de-masiado caros los servicios de un joven sin nombradía ni reputacion militar.

Iturbide, nacido en Valladolid de tos escolmulgados (insurjentes), que Mechoacan, de una familia conside- fueron fusilados. Las poblaciones inrada en el pais, habia recibido una díjenas tenian otras quejas contra educacion esmerada. En 1810, no Iturbide. Acusábanle de rapacidad era mas que oficial subalterno (te- y graves exacciones, y fueron tan niente) en el rejimiento provincial numerosas y repetidas las denuncias. de su pais natal. Los que servian en que el gobierno se vió obligado á llaeste cuerpo no cobraban sueldo. marle à Méjico en 1816, formose un Tampoco tenia necesidad de él. Po- sumario, pero el temor de perjudicar á los demás jefes del ejército que se habian hecho culpables de iguasus bienes. Cuando estalló la revolu- les exacciones detuvo su prosecucion. Desde este momento quedó de teniente jeneral, pero lo rehusó. Iturbide sin empleo hasta 1820, épo-Este ofrecimiento era de naturaleza ca en que fué encargado por Apodaca de la mision de que hemos hablado. Durante los cuatro años que se habia entregado al reposo tuvo lugar de reflexionar sobre el estado de Méjico, y de convencerse de lo fácil que era sacudir el vugo español, si se essuerte (1). Reunióse á las tropas del timulaban las tropas criollas á unirse con los insurjentes. Verificada esta reunion; los rejimientos europeos. comparados con el ejército indíjena, debian hallarse imposibilitados de resistencia. Con la mira de esta reunion que cambiaba enteramente el aspecto de las cosas, concibio Iturbide el famoso plan de Iguala, del cual me parece el único autor, bien que sus enemigos lo hayan atribuido al partido español. Este plan se comunicó á los jefes insurjentes que lo aprobaron, y se proclamó en la pequeña villa de Iguala en 24 de febrero de 1821. La importancia de este documento nos induce á publicar algunas de sus principales bases. «La nacion mejicana queda declarada independiente de la nacion Española ó de cualquiera otra sobre el continente americano. La relijion católica es la única reconocida: el gobierno debe ser una monarquía constitucional. La nacion es una, sin distincion de Americanos y Europeos. La distincion de castas queda abolida. Todos los ciudadanos mejicanos, europeos, negros y mulatos, son elejibles para los mismos empleos. Fernando VII queda invitado para subir al trono con el título de emperador. En caso negativo este trono deberá ofrecerse á los Infantes D. Cárlos y D. Francisco de Paula, y si ninguno de ellos aceptase, la

familias reinantes que le plazca elejir. Mientras se aguarda la decision de los príncipes españoles, el gobierno provisional se compone de una junta bajo la presidencia del virey. Se organizará un ejército para defensa de la relijion, de la independencia y de la union, y este ejército se llamará: « El ejército de las tres ga-

rantias. »

El núcleo de este ejército no era considerable, pues Iturbide se hallaba á la cabeza de solos ochocientos hombres, y aunque todos hubiesen prestado juramento al proyecto de Constitucion, muchos de ellos desertaron, cuando vieron que este provecto no se recibia en el pais con todo el entusiasmo que se habia creido. Parece cierto, que si en estos primeros momentos, el virey hubiera mostrado menos indecision, poniéndose à la cabeza de los rejimientos europeos de que podia disponer, la causa de Iturbide se perdia. Los Españoles de Méjico asombrados de esta dilacion y sospechando sus intenciones, lo trataron como á Iturrigaray en 1808, lo apearon, elijiendo para su reemplazo á D. Francisco Novella oficial de artillería. Esta grave falta de parte de los realistas redundó en provecho de Iturbide : la autoridad de Novella no fué jeneralmente reconocida en Méjico; se sujirió la division entre los Europeos, y mientras discutian, á quien correspondia el mando superior, y cual era el poder lejítimo, pudo Iturbide sin ser molestado continuar su empresa. Entónces el jeneral español D. Celestino Negrete y el coronel se unieron á él, el uno con las tropas que mandaba y el otro con mil jinetes que estaban á sus órdenes; enviaba á Acapulco, y de atraerse á inmediacion del rio Zacatula á la ca-

nacion llamará un miembro de las las filas de Iturbide para combatir por la independencia del pais, y desde este instante quedó asegurado el triunfo de la insurreccion.

Iturbide sin temor de ser inquietado, se dirijió apresuradamente al Baxio, posicion central y foco de las anteriores revoluciones, en donde debia creer hallar nuevos reclutas. En esta marcha se le reunieron los antiguos jefes revolucionarios, deseosos de comenzar nueva lucha, y numerosos destacamentos de tropas criollas que abandonaban la bandera de España. El clero y el pueblo lo sa-ludaban como á su libertador, y de los distritos mas lejanos le llegaban comunicaciones adhiriéndose al plan de Iguala, por manera que nada habia comparable al entusiasmo popular. Ningun hombre en Méjico habia hasta entónces obtenido un triunfo tan completo como Iturbide, pero estas aclamaciones que debian luego trasformarse en otras contrarias y hóstiles, nos presentan otro ejemplo de la instabilidad popular, y de lo poco que valen las exaltadas alabanzas que la multitud dirije á la cabeza revolucionaria de cualquiera pais. Tanto como duró el aura feliz de Iturbide, nadie pudo detener sus progresos. Antes del mes de julio de 1821, todo el pais habia reconocido su autoridad, á escepcion de la capital en la que Novella y sus tropas se habian encerrado. Hallábase en las inmediaciones de Queretaro cuando supo la llegada á Vera-cruz del nuevo virey constitucional D. Juan O-Donoju, quien, en momentos tan criticos no podia alejarse un solo paso de aquella fortaleza. Iturbide con Bustamente, no contentos de los una intelijencia, que jamás le han cambios que acababan de ejecutarse, negado sus enemigos, se apresuró à sacar partido de esta circunstancia; invitó á O-Donoju á pasar á Córdoba, á donde el tambien se trasal mismo tiempo Iturbide tuvo la ladó, y le propuso adoptase la desuerte de apoderarse de un millon de claracion de Iguala, como único mepesos que la compañía de Manila dio de conservar las vidas y propiedades de los Españoles establecidos su partido el Jeneral Guerrero, quien en Méjico, y de asegurar los de-hacia mucho tiempo se mantenia á rechos al trono, de la casa de Borbon. Estas consideraciones decidiebeza de una fuerte guerrilla. Este je- ron á O-Donoju. Reconoció en nomfe patriota no titubeó en unirse á bre del rey su amo la independencia

de Méjico, y entregó la capital al no. La junta cuyo primer deber era ejército de las tres garantías. Tomó el de preparar el proyecto de convoeste posesion sin tirar un tiro, ni derramarse una gota de sangre en 27 de setiembre de 1821. Novella y el resto de sus tropas obtuvieron entera libertad para dejar el territorio mejicano . y se les indemnizó de todo gasto hasta su llegada á la Habana. Los europeos de Méjico obtuvieron iguales consideraciones; respetáronse sus industrias y propiedades de todo jénero, y el mismo O-Donoju fué elejido para vijilar la relijiosa observancia de los artículos del tratado favorables á sus conciudadanos. Este fué el convenio de Córdoba que los pretendidos hombres de Estado de la península criticaron con tanta acrimonia, como ignorancia del pais y sus acontecimientos. Iturbide en sus memorias ha defendido la conducta del virey con esta sola frase: No tenia eleccion para obrar de otra forma, ó firmar, ó venderse, esta era la cruel alternativa que se le ofrecia. No firmar en aquel momento de exaltacion popular era comprometer la existencia de todo Español: era privar al trono de todas las concesiones que los vencedores le hacian: era privarse en lo sucesivo de toda ventaja ó mejora. Las respectivas posiciones, no eran en verdad iguales; la mejor parte redundaba en beneficio de los insurjentes, quienes poseyendo la capital, sin combatir aseguraban el triunfo de la revolucion.

Apenas entraron en Méjico, organizaron el nuevo gobierno, que se compuso de una rejencia de cinco miembros, y de una junta de treinta y seis. Todo el poder ejecutivo quedó concentrado en esta rejencia presidida por Iturbide, quien al mismo tiempo fué nombrado jeneralísimo, y grande almirante, con el sueldo de ciento veinte y cinco mil duros.

Hasta aquí este soldado ambicioso no habia conocido oposicion, parecia que la nacion caminaba en pos de su fortuna; ni una sola voz se oyó en favor de la España; pero toda esta aparente unanimidad se desvaneció en el mismo instante en que se de la rejencia, sobre todo de su prediscutió la futura forma de gobier- sidente. Iturbide á su vez les acusó

cacion de un congreso nacional, obrando bajo la influencia de Iturbide, tomó únicamente por base el plan de Iguala, y decidió que los nuevos diputados, no serian admitidos en sus puestos en el congreso hasta despues de haber jurado obediencia à este programa constitucional. Los antiguos insurjentes se indignaron de esta proposicion, que miraban como un atentado contra la soberanía nacional, restrinjiendo ilegalmente el poder de los electores, á los cuales debia dejarse entera libertad de aprobar ó desaprobar. por el conducto de sus representantes, lo que se habia hecho en su nombre, pero sin su autorizacion. Los hombres mas notables entre los jenerales, como Guadalupe Victoria, Bravo y Guerrero, así que otro gran número de militares y ciudadanos sostenian esta opinion liberal. Se vé pues, que el jérmen de la discordia se habia sembrado en el congreso, antes de abrirse sus sesiones.

Las córtes se reunieron el 24 de febrero de 1822, y muy pronto se dividieron en tres partidos distintos: borbonistas esto es, partidarios del plan de Iguala, con un principe de la casa real de España; republicanos, prefiriendo á toda monarquía constitucional una república central ó federativa, Iturbidas, pretendiendo hacer rey á su héroe, y adoptar todo el plan de Iguala, menos el artículo favorable á la casa de España. Segun costumbre, cada una de estas grandes fracciones de la cámara, se consideraba como el solo partido nacional, y no escuchaba ninguna transaccion.

Los borbonistas dejaron bien pronto de formar un partido, porque el decreto de las Córtes de Madrid declarando nulo el tratado de Córdoba los puso fuera de combate : quedó pues empeñado entre los iturbidas y los republicanos. Estos, siguiendo la tactica de los republicanos de todos los paises, empezaron á declamar contra la prodigalidad ruinosa

de ingratitud hácia el ejército porque se negaban á subvenir á su sosten. La irritacion subió de punto, cuando se propuso en el congreso la reduccion de este mismo ejército desde sesenta mil hombres, á veinte mil, y de reemplazar los soldados licenciados, por los milicianos del país. Iturbide que conocia el alcance del tiro que sus enemigos le asestaban, privándole de su mejor apoyo, se opuso enérjicamente á esta medida, que fué adoptada por una gran mayoría. A este mismo tiempo el congreso, siempre hóstil al presidente depuso á tres de los miembros de la rejencia, no dejando mas que uno en el puesto, enemigo de Iturbide, con el objeto de poder anular su vo-to en cualquiera deliberacion política; y en otra sesion avanzaron hasta presentar un provecto de ley declarando el mando del ejército incompatible con las funciones del poder ejecutivo. Ya no podian los amigos de Iturbide hacerse ilusion respecto á la decadencia de su influjo, y por lo mismo se convencieron de que era necesario activar la organizacion de un movimiento popular que le sentase en el trono, aprovechando los momentos en que el recuerdo de sus servicios no se habia aun estinguido. Sus medidas se concertaron con rapidez, y ningun personaje de valia fué iniciado ni aun sabedor del secreto. Dirijieronse solamente á los subalternos y demás oficiales no independientes de la guarnicion, mas adictos á Iturbide. Pusieron á su cabeza un sarjento del primer rejimiento de infantería de línea llamado Pio Marca, el mas exaltado de todos. Para secundar su voz se tenian reunidos unos cuantos pordioseros, vagabundos miserables de que abundan las calles de Méjico. Esta reunion se dirijió frente la casa de Iturbide en la noche del 22 de mayo de 1822, y lo proclamó emperador bajo el nombre de Agustin I. Los gritos, los vivas, y el calor del regocijo se sucedieron hasta la llegada del dia. Ninguna de las hipócritas maniobras que los usurpadorés ponen en juego en casos semejantes, para finjir una aparente libertad y voto na- la familia del emperador, con lo que

cional, se descuidó en esta ocasion. Iturbide parecia indeciso como dando á entender se le violentaba, publicó una proclama equívoca animando el movimiento empezado, y aparentando quererlo moderar ; pero entretanto se manejaba ocultamente para conseguir sus fines. Al dia siguiente se reunió un congreso estraordinario convocado para discutir sobre esta farsa política. Los ajentes de Iturbide comenzaron por obtener un decreto que le ordenaba se presentase en aquella asamblea. Trasladóse Iturbide acompañado de algunos militares de diferentes graduaciones. Las tribunas estaban ocupadas por sus partidarios armados, y los gritos de esta multitud ahogaban la voz de los diputados independientes, y sus aclamaciones animaban la elocuencia de los diputados vendidos. Cubierto Iturbide con la capa de la hipocresía reclamaba la libertad de la palabra para sus adversarios, y suplicaba al populacho de las tribunas les escuchase con benevolencia. El final de este lastimosodrama fué el que debia de ser. La eleccion de Iturbide propuesta y discutida recibió la sancion de una asamblea que carecia de libertad: de ciento ochenta y dos diputados de que debia componerse el congreso, solo se hallaron presentes, noventa y cuatro, y de estos sesenta y siete votaron por la eleccion, dos se retiraron sin votar, y quince se pronunciaron por la negativa, declarando, parecerles indispensable, dar á sus comitentes conocimiento del negocio y recibir de ellos poderes especiales. A su regreso al palacio, lo mismo que al trasladarse al congreso, el coche del monarca improvisado fué tirado por el pueblo.

Las provincias supieron este suceso por los periódicos, y lo aceptaron como un hecho consumado. La oposicion se concentraba en la capital, aunque observando un melancólico silencio, sin empero, manifestarlo en público. La mayoría de Iturbide dominaba en el congreso, y quiso completar su obra. Declaró que la corona seria hereditaria en príncipe imperial, dándoles á los adoptó esta medida estrema, y ordemás el dictado de príncipes mejicanos: á su hermana se la hizo princesa, y á su padre príncipe de la Union. Areglóse el ceremonial de su coronacion; instituyose una orden de caballería con el título de Guadalupe, para completar el aparato de esta nueva monarquía. Se decretó que todos los gastos de Iturbide, serian satisfechos por el tesoro público, y mas adelante se fijaron en un millony medio de pesos fuertes. Todos estos decretos pasaban sin discusion, como sucede en las asam-

bleas que no son libres. Engañado Iturbide con estas apariencias de servilismo, crevó poder intentarlo todo. Reclamó el derecho del Veto sobre todos los artículos de la constitucion que entónces se decretaban, y el derecho mas absoluto todavía de nombrar y destituir á los miembros del tribunal supremo de justicia. Pidió el establecimiento de una comision militar con poder para juzgar soberanamente. Estas proposiciones fueron rechazadas por el congreso, á pesar de los esfuerzos de los diputados vendidos, pero sus adversarios no tardaron mucho en recibir el premio de su enérjica oposicion. Iturbide hizo prender catorce diputados independientes, so pretesto de que pertenecian al partido republicano, y el congreso en vista de tal atentado, elevó sentidas protestas, pidió que estos diputados fuesen reintegrados en su seno, ó por lo menos que la institucion de este negocio le fuese remitida para fallarlo con arreglo á las leyes. Iturbide se negó á ello, y la lucha de uno y otro poder tomó un nuevo y enérjico carácter. Los diarios del gobierno escitaban al pueblo contra la representacion nacional, y en la tribuna resonaban acusaciones contra el gobierno imperial. Echábanle en cara su oríjen, sutiranía, su infidelidad; y el plan de Iguala y el tratado de Córdoba, fundamentos del trono mejicano, no eran respetados. Este estado de cosas era muy violento para que pudiese durar. La fuerza triunfó de la la ley, é Iturbide no tenia otro re-

su hijo primojénito quedó hecho un curso que el de un golpe de estado ? denó á uno de sus oficiales indicase al presidente del congreso la disolucion de la asamblea, dándole asimismo la órden de cerrar el salon de sesiones, lo que fué ejecutado sin la menor oposicion. En el mismo dia decretó la formacion de una junta, à la que dió el nombre de instituyente, compuesta de todos sus favoritos. Esta junta tenia la mision de convocar otra representacion nacional, insiguiendo unas formas de eleccion que el se reservaba dictar, pudiendo, con todo, en casos urjentes, ejercer funciones lejislativas. Esta corporacion sin influencia v sin poder no sirvió mas que de un instrumento envilecido en manos del maestro. Hízole decretar un empréstito forzoso de dos millones y medio de duros, y con aplicacion á las necesidades del tesoro una suma de dos millones en especie, espedidos desde Méjico para Veracruz por una compañía de comerciantes, que el gobierno habia hecho detener en Perote so pretesto de que estos fondos eran realmente propiedad espa-

La popularidad de Iturbide, sobrevivió muy poco á su usurpacion, y menos á las medidas arbitrarias que se multiplicaban diariamente. A últimos de noviembre se manifestó una grande fermentacion en las provincias del norte, á la cabeza de cuya insurreccion se puso el jeneral la Garza; pronto fué, sin embargo, reprimida por el ejército, único apoyo de Iturbide, y que en breve debia

Las verdaderas causas de la division que se interpuso repentinamente entre el emperador y algunos de sus jenerales, no nos son bastante conocidas. Se ha creido que ciertos motivos de interés privado, mas bien que de política ocasionaron la separacion de Santa Ana. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que este jeneral fué el primero que se pronunció contra el trono imperial. Santa Ana mandaba la provincia y plaza de Veracruz: jóven entónces, creyó que el réjimen republicano convenia mejor à su fortuna, y tomó la iniciativa del movimiento. Dirijió al pueblo mejicano una enérjica proclama en la que acusaba á Iturbide de haber violado la constitucion disolviendo el congreso; de haber faltado á sus juramentos gobernando arbitrariamente; y pedia en su nombre y en el de su ejército el restablecimiento de la asamblea nacional, prometiendo sostener la forma de gobierno que

conviniese adoptar. Para reprimir una sedicion que parecia limitarse á la sola guarnicion de Veracruz, mandó Iturbide marchar un cuerpo de tropas suficiente para embestir la plaza, y obligar á Santa Ana á someterse, mas ya no era este solo el que desconocia la autoridad de Iturbide. Guadalupe Victoria se habia reunido á él, y su nombre célebre y fama militar y revolucionaria debian ejercer grande influencia en el ánimo del soldado. Santa Ana le cedió el mando en jefe, servir á sus órdenes. Los principios de Victoria eran bien conocidos: era un republicano ríjido; así que, luego que le vieron á la cabeza de la inpolítico que los revoltosos pretendian hacer triunfar. Engrosáronse sus filas con todos los partidarios de la república, mientras Iturbide habia dado el mando de sus tropas á Echavarri, ayudante de campo, á quien, entre todos los oficiales, creia el mas adicto á su persona; pero Echavarri no estaba unido sino á la buena suerte de su jeneral. Luego que conoció que la estrella imperial palidecia, abandonó al hombre que ya no sostenia la opinion pública, y despues de algunas acciones insignificantes en las inmediaciones de Puente del Rey, se reunió á la guarnicion de Veracruz, siguiendo el mismo ejemplo sus soldados.

Para dar cierto carácter legal á la insurreccion, los tres jefes revolucionarios firmaron en 1º. de febrero de 1823, el acta conocida con el nombre de convencion de la Casa-Mata, y todo su plan se comprendia en once artículos. Las apariencias de respeto á la autoridad imperial se

veian en él conservadas, bien que el acta tuviese por objeto inmediato paralizar su accion. Los jenerales firmantes salian garantes del restablecimiento de la representacion nacional; y desde este momento se estendió la insurreccion en todas las provincias con prodijiosa rapidéz, poniéndose la mayor parte de los jefes militares á la cabeza del movimiento. De este número fueron : el marques de Vibanco que mandaba un cuerpo bastante numeroso en el territorio de la Puebla, y los jenerales Guerrero y Bravo que dejaron la capital con el fin de proclamar el nuevo sistema en las provincias del oeste teatro de sus antiguos combates. El jeneral Negrete se unió al ejercito de los insurjentes que marchó sobre Méjico. Iturbide con algunas tropas tomó poseison entre la capital y el ejército republicano, y no contando ya con la fuerza popular y moral que lo habian abandonado declarando que se tenia por feliz de para pasar al lado de sus adversarios, se determinó á entrar en nego. ciaciones en vez de pelear. Ofreció convocar un nuevo congreso, sujetándose á su deliberacion, pero no surreccion, nadie dudó del sistema fueron admitidas estas proposiciones ni aun pudo conseguir una entrevista con los principales jefes del ejército republicano. En este estado de cosas iva cada dia perdiendo él algunos de sus partidarios, y los oficiales cuya carrera habia procurado adelantar, se mostraban á porfia los mas decididos á abandonarle. Asustado de una desafeccion jeneral, llamó al antiguo congreso que habia disuelto por la fuerza, y abdicó la corona en 20 de marzo de 1823.

Fiel el congreso á sus antecedentes, declaró que la coronacion de Iturbide habiendo sido obra de la fuerza y la violencia era nula, y por consiguiente no habia lugar á deliberar acerca de su abdicacion. Declaró asimismo nulos todos los actos del gobierno imperial como el plan de Iguala y el tratado de Córdoba, y concluyó proclamando el derecho de la nacion para constituirse bajo la forma de gobierno que mejor le conviniese. Zanjado este punto en favor de la soberanía popular,